

de este modo nos amemos todos en Jesucristo como hermanos. Triunfad completamente en nuestros corazones, reprimiendo las malas inclinaciones que nos arrastran, y cortando los lazos que nos sujetan. Devolvednos la paz y la dicha, con la pureza y la inocencia. Arrancad hasta las últimas raíces del pecado, haciendo que en su lugar florezca la virtud. Hacednos, en fin, tales, ¡oh Virgen Santísima! que en nuestra vida sea fácil reconocer algunos rasgos de la belleza de nuestra excelsa Madre. *Así sea.*

HUMPHRY.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—De la misericordia de María según la Escritura.

SUBDIVISIONES.—Pruebas sacadas: 1. De la palabra de Dios.—2. De la palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—De la misericordia de María según la tradición y la experiencia.

SUBDIVISIONES.—Pruebas sacadas: 1. De la conducta y doctrina de la Iglesia.—2. De las conversiones maravillosas.

Voluntas quidem cordis mei, et obsecratio ad Deum, fit pro illis in salutem.

El buen deseo de mi corazón, y mi oración á Dios, es para que ellos tengan salud.

(ROM. x, 1.)

EL corazón del hombre está hecho para Dios, en términos, que la primera necesidad del alma es dirigirse á Dios, aproximarse á Dios, fundirse en Dios; porque en solo Dios está su vida, su descanso y su felicidad. En este principio se fundaba el gran Padre de la Iglesia, San Agustín, para decir á Dios aquella tan sabida frase: «Para Vos, Señor, nos hicisteis: por eso nuestro corazón se halla inquieto, hasta que en Vos descansa.» El pensamiento, A. H. M., no puede ser más exacto; porque, sea cuanta se quiera la satisfacción que el pecado cause en el alma, sean cualesquiera los goces que proporcionen á los sentidos, tales goces, semejante satisfacción, aun suponiéndolos continuos y embriagadores, serán siempre impotentes para aplacar el hambre y apagar la sed de felicidad que devoran al hombre. Al contrario, cuando las sensaciones y el aturdimiento de esos pecaminosos placeres se desvanecen, y se encuentra el hombre mano á mano consigo mismo, no puede menos de aterrarse al notar el inmenso vacío que el pecado deja en el alma, así como no puede menos de experimentar un inmenso disgusto. ¡Ah! ¡Cuán bien comprende entónces todo lo que le falta para ser dichoso! ¡Cómo se vuelve el corazón hacia el lado de donde puede venirle la felicidad! El pobre corazón humano, aunque sujeto por la culpa, y pegado á la tierra, á consecuencia del vencimiento del espíritu por la materia, se lanzaría arduosamente, si tuviera bastante resolución, hacia Dios, su soberano bien. Si se atreviese á tanto, buscaría indudablemente, con la mejor voluntad, un asilo contra sus remordimientos, y la esperanza

de perdón en los brazos del Padre Celestial. Pero ¡oh desgracia! Fáltale de ordinario al pecador bastante energía para ejecutar su íntimo deseo, sucediendo á la cobardía las erróneas reflexiones que dificultan su conversión: «Dios es demasiado Santo, dice; y yo demasiado pecador; entre Dios y yo es infinita la distancia: no puedo, pues, acercarme á Dios. ¡Si á lo menos tuviese quien me ayudara!» Reflexiones de semejante índole son, en rigor, vanas excusas; y si de buena fe se hacen, aprensiones infundadas. La ayuda que el pecador echa de menos, existe, y lo que es más, existe á su disposición. Dios, en su pródiga bondad, conociendo nuestra flaqueza, ha colocado entre El y los hombres un trono para María Santísima; entre el corazón de Dios y el corazón del mísero culpable, ha puesto el corazón de María. A María, pues, ha constituido Dios mediadora entre su justicia y el pecado, concediendo á sus ruegos un poder sin límites, para que la confianza de los pecadores en su influjo fuese también ilimitada. Ved, pues, H. M., cómo la augusta Virgen puede decir con toda verdad y con infinita más razón lo que de sí decía el Apóstol San Pablo: *Voluntas cordis mei, et obsecratio ad Deum, fit pro illis in salutem*; la voluntad de mi corazón y el fin de mis súplicas á Dios, son la salud de los pecadores, su verdadera felicidad.

La proposición que acabo de sentar no es, A. H. M., una de aquellas piadosas suposiciones que se fundan únicamente en la devoción, afectuosa si se quiere, pero no bastante sólida. De ningún modo es así; gracias al Cielo, la intervención de María en la conversión de los pecadores, es un hecho real y positivo, del que nos dan testimonio: 1.º la palabra del mismo Dios; 2.º la palabra de Jesucristo; 3.º la práctica y la doctrina de la Iglesia, y 4.º las conversiones maravillosas.

La sencilla exposición de estos diversos testimonios forma por sí el más cabal elogio de la misericordia que encierra el inmaculado Corazón de María Santísima; siendo además bastante eficaz, si no me engaño, para avivar la vuestra en tan potente y misericordiosa Protectora.

Pero antes de dar principio, pidamos luz al Esposo divino de la Sagrada Virgen, por medio de ésta, saludándola con la oración de costumbre.

AVE MARÍA.

PRIMERA GONSIDERACIÓN.

DE LA MISERICORDIA DE MARÍA SEGÚN LA ESCRITURA.

Para entender, H. M., la palabra de Dios que nos enseña cómo María Santísima es refugio de los pecadores, nos es necesario retroceder al día en que el pecado entró por primera vez en el mundo. Los padres del género humano acaban de escuchar la sentencia de maldición lanzada contra ellos y su posteridad por el Hacedor divino, á

consecuencia de la rebelión que han cometido. Mas la pena que se les impone está dictada por un Juez tan misericordioso como justo. El Señor, aunque irritado contra los culpables, no les priva, al castigarlos, de todo consuelo y esperanza, sinó que les anima mostrándoles en los tiempos venideros una Mujer que reparará completamente la falta de la primera.

Hablando con el tentador, predícele la guerra á muerte que el género humano, representado por una Virgen concebida en gracia y conservada en santidad, mantendrá contra él, y la derrota en que terminará esta guerra: Odio irreconciliable, dice Dios á la serpiente; enemistades perpetuas pondré entre tí y la mujer, entre tu raza y la suya; *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius*. Tú, que te llamas soberbia y rebeldía, has logrado hoy un funesto triunfo. Pero día vendrá en que tendrás que arrepentirte de él. En aquel día, tú que has derribado á la mujer trastornando su cabeza, te arrastrarás abatida por el suelo, y verás aplastada la tuya indomable por la planta de una mujer: *Ipsa conteret caput tuum*. En vano tomarás para seducir, y volver á perder su descendencia, la máscara de todas las pasiones mas halagüeñas para el hombre, porque la mujer á quien he prometido la victoria, te descubrirá siempre, en todas partes, y bajo cualquier disfraz. Ocupada constantemente en sacar de todo riesgo á sus hijos, no cesará de perseguirte, ó impidiendo la acción á tu malicia, ó poniendo á sus devotos fuera de alcance de tus tiros.

No es, H. M., por otra cosa que por el cargo que María tiene de proteger á los hombres, siendo su refugio verdadero, por lo que se la compara en las Santas Escrituras á un ejército ordenado en batalla, á una fortaleza inexpugnable, á una torre de que penden mil broqueles, á una ciudad de asilo donde los desgraciados encuentran seguridad; imágenes todas de que el Espíritu Santo se sirve para diseñar á María omnipotente, y que nos muestran del modo más claro la acción bienhechora que está llamada á ejercer en orden á la salud de la humanidad, aunque esta acción se ejerza tal vez en favor de hijos ingratos. En la aurora misma de los siglos, fué vaticinado que María había de quebrar la cabeza de su mortal enemigo; y la predicción divina no puede dejar de tener entero cumplimiento. Veamos ahora lo que sucede en el Calvario.

La Mujer que con vencedora planta ha de aplastar la cabeza de la serpiente, es elegida por el Verbo de Dios hecho carne, Jesucristo Señor Nuestro, para Madre suya. Después de haber vivido en su compañía por espacio de treinta y tres años, como hijo obediente, servicial y afectuoso, se ve en la necesidad de separarse de su Madre para dar cima á la obra que venía á cumplir en la tierra; la obra de la redención de los pecadores. Ved, por fin, á Jesús, H. M., clavado en la cruz, y moribundo. En este supremo instante, ¿á quién confiará el cuidado de procurar que no se malogre el fruto, tan dolorosamente producido, de su pasión? ¿En qué manos pondrá la misión de disponer é inclinar á los hombres á que pidan por sí mismos la aplicación

de los méritos de la preciosísima sangre que derrama? Sus Apóstoles han huido, á excepción de uno solo, de Juan, el discípulo amado, el joven cuyo corazón es tan puro como cariñoso. Nadie mejor que San Juan, por su adhesión á Jesucristo, es más digno del honor de abrir el camino á la misericordia divina, moviendo á los hombres á arrepentimiento. Pero nó, H. M.; el plan del Señor es otro. Para desempeñar el ministerio, de todo punto nuevo, que Jesús quiere crear, el ministerio que ha de ejercerse al frente de un enemigo, cuyo poder sobrehumano es capaz de contrariar sus funciones, necesitase un ministro de especie también nueva. Pues bien: el ministro que Jesús elige, es María, su Santa Madre. Sí, á María, con preferencia á todos los demás, por grande que sea su mérito personal y su dignidad en la Iglesia; á María, repito, da el cargo de inutilizar los esfuerzos de Luzbel, el cuidado de facilitar á las almas la eterna salvación.

¡Ministerio admirable! ¡Pero qué corazón necesita tener el que lo desempeñe! Para que este corazón se eleve á la altura de su encargo, ha de estar impregnado, saturado, compuesto de mansedumbre, de clemencia, de abnegación y de caridad. ¿Y dónde puede hallarse un corazón con tales condiciones, aquí bajo, donde los afectos son tan fríos, tan lánguidas las amistades, en razón á que de ordinario es el egoísmo el que forma la base de unas y otras? La mansedumbre, la clemencia, la compasión, la abnegación, y la caridad, se encuentran solamente en el corazón de una madre. Por eso la omnipotente palabra de Jesucristo crea una Madre para los hombres, y mejor dicho, para todos los pecadores; una Madre verdaderamente digna de este nombre. ¿Adivináis quién es? ¿La conocéis? Vedla ahí en la persona de María. Oid cómo su Divino Hijo la confiere un título y atribuciones que serían increíbles si no asegurara su autenticidad la palabra de Dios, y la interpretación de los más autorizados Doctores de la Iglesia: *Mulier, ecce filius tuus*. Mujer, ve ahí á tu hijo, dice Jesús á su Madre, al mismo tiempo que señalaba á San Juan, y en su persona á todos los hombres. ¡Oh! ¡Y cómo desgarraría el corazón de la tierna Madre ese testamento de muerte, formulado en tales términos por un Hijo, y por un Hijo tal como Jesús! ¡Cuán dura debió parecer á María, sobre todo aquella palabra *mujer*, pronunciada por el Hijo en sus últimos momentos! Así habría sucedido, C. O., si la amorosa Madre no comprendiera la misteriosa significación de un término al parecer tan desabrido. Penetrándola, pudo entender el pensamiento de su Hijo, que parecía decirle: «Olvidad vuestra maternidad divina por la maternidad universal que fundo en este momento para vos, y que os voy á confiar. Hé ahí, añade, señalando á San Juan, hé ahí á vuestro Hijo para en adelante. En vez de uno solo, tendréis á todos los hombres; en lugar del Justo por excelencia, tendréis á los pecadores de todas las generaciones hasta el fin del mundo.» Dicho esto, vuelve el Señor sus ojos al Apóstol que representaba á la humanidad culpable, diciéndole: «Y tú, ahí tienes á tu Madre:» *Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua!*

Por preparado que estuviese el corazón de María para el sacrificio de Jesús, derritióse en aquel instante de dolor, al recordar lo pasado, al ver lo presente y al adivinar lo porvenir, en términos, que habría espirado de congoja la afligida Madre, á no haber despertado en el fondo de su corazón, por un misericordioso designio del Dios-Hombre, una ternura sobrehumana, un amor inmenso á los nuevos hijos que el Salvador acababa de entregarle.

Así fué cómo en virtud de una especie de contrato formulado por la boca del Hombre-Dios y aceptado por el Corazón de María, se constituyó ésta en Madre, al mismo tiempo que en refugio de los pecadores, de manera que todos ellos forman recíprocamente la verdadera familia de María.

Gracias, pues, á la abnegación de la Santísima Virgen tenemos, en orden á la salvación, una Madre que no nos faltará jamás. Cuando la justicia de Dios, cansada de los crímenes de un pródigo, y usando de su derecho, levanta el brazo para castigar, interpónese María, y el brazo de la divina justicia vuelve á caer desarmado. Si el demonio, furioso al ver que se le escapa la presa, redobla sus esfuerzos para que el pecador llene la medida de sus iniquidades, muéstrase María, y con sola su presencia disipa el peligro que á su hijo amenazaba.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

DE LA MISERICORDIA DE MARÍA SEGÚN LA TRADICIÓN Y LA EXPERIENCIA.

Tanto admira el oficio que nuestra misericordiosa Madre desempeña, como lo maravillosamente que la Iglesia comprende su importancia. ¿Lo dudáis, H. M.? Pues abrid el libro de sus oraciones.

En parte alguna demuestra mejor que aquí la confianza que le inspira la intercesión de la Santísima Virgen. En el tercer Concilio general tratábase de reivindicar para María el título de Madre de Dios, que el hereje Nestorio la disputaba. Los Padres reunidos la decretaron este título augusto, y para perpetuar la memoria de su decisión doctrinal, rindiendo así á María el único tributo que la conviene en calidad de Madre de Dios, adoptan por unanimidad un pensamiento práctico; la oración siguiente: *Sancta María, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus*: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Con voz acorde proclaman los Padres del Concilio su fe en el poder misericordioso de María Santísima: y para no dejar la menor duda de su creencia, no invocan solamente el auxilio de la Madre de Dios para la vida temporal, sinó que, llevando más adelante la confianza en su mediación respecto á la salud eterna, la piden también para la hora de la muerte: *nunc et in hora mortis nostræ*.